

muy pocos. Y todos a una le respondimos que haríamos lo que ordenase. Luego mandó llamar al cacique gordo y le dijo que se quería partir luego para Méjico a mandar a Montezuma que no robe ni sacrifique, e que ha menester docientos indios tamemes para llevar el artillería, y también le demandó cincuenta principales hombres de guerra que fuesen con nosotros.

Y luego Cortés cabalgó con cuatro de caballo que le acompañaron, y mandó que le siguiésemos cincuenta soldados de los más sueltos. E Cortés allí nos nombró los que habíamos de ir con él, y aquella noche llegamos a la Villa Rica. Y lo que allí pasamos se dirá adelante.

Capítulo LIX

Cómo Cortés fue a la Villa Rica, y lo que sobrello pasó

Así como llegamos a la Villa Rica, encontramos a cuatro españoles que venían a tomar posesión en aquella tierra por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica. Entonces, Cortés, con palabras amorosas les halagó y rogóles que se desnudasen para que vistiesen vestidos de los nuestros, e así lo hicieron. Y luego vinieron en el batel seis marineros, y encontraron los cuatro de los nuestros, y decían los del batel: “Veníos a embarcar; ¿qué hacéis? ¿Por qué no venís?”. Entonces respondió uno de los nuestros: “Salta en tierra e veréis aquí un pozo”. Y como desconocieron en la voz se volvieron con su batel, y por más que les llamaron no quisieron responder; y queríamos les tirar con las escopetas y ballestas; y Cortés dijo que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios a dar mandado a su capitán.

Capítulo LX

Cómo acordamos de ir a la ciudad de Méjico, y por consejo del cacique fuimos por Tascala, y de lo que nos acaesció, así de rencuentros de guerra como otras cosas que nos avinieron

Después de bien considerada la partida para Méjico, tomamos consejo sobre el camino que habíamos de llevar y fue acordado por los principales de Cempoal quel mejor y más conviniente camino era por la provincia de Tascala, porque eran sus amigos, y mortales enemigos de mejicanos. Y ya tenían aparejados cuarenta principales, y todos hombres de guerra que fueron con nosotros y nos ayudaron mucho en aquella jornada, y más nos dieron docientos tamemes para llevar el artillería. Cuando llegamos a Cocotlán, que era sujeto de Méjico, el cacique Olintecle salió a recibirnos con otros principales, y nos dieron de comer poca cosa e de mala voluntad. Cortés les preguntó cuál era el mejor camino y más llano para ir a Méjico: y el cacique le dijo que por un pueblo que se decía Cholula, y los de Cempoal dijeron a Cortés: “Señor, no vayas por Cholula, que son muy traidores y tiene allí siempre Montezuma sus guarniciones de guerra”, y que fuésemos por Tascala, que eran sus amigos y enemigos de mejicanos.

Capítulo LXI

Cómo se determinó que fuésemos por Tascala, y les enviábamos mensajeros para que tuviesen por bien nuestra ida por su tierra, y cómo prendieron a los mensajeros, y lo que más se hizo

Enviamos dos mensajeros principales de los de Cempoal a Tascala con una carta en la que les decíamos que íbamos a su pueblo, que lo tuviesen por bien que no les íbamos a hacer enojo, sino tenelles por amigos. Luego que llegaron los dos nuestros mensajeros y

comenzaron a decir su embajada, los mandaron prender, sin ser más oídos. Y estuvimos aguardando respuesta aquel día y otro, y desde que no venían, partimos otro día para Tascala; y yendo por nuestro camino vienen nuestros dos mensajeros que tenían presos, que parece ser que los indios que los tenían a cargo se descuidaron, y vinieron tan medrosos, porque, según dijeron, cuando estaban presos, que les amenazaban y les decían: "Agora hemos de matar a esos que llamáis teules, y comer sus carnes, y veremos si son tan esforzados como publicáis; y también comeremos vuestras carnes, pues venís con traiciones y con embustes de aquel traidor de Montezuma".

Capítulo LXXII

*De las guerras y batallas muy peligrosas que tuvimos
con los tascaltecas, y de lo que más pasó*

Otro día, viénense a encontrar con nosotros dos escuadrones de guerreros, que habría seis mill, con grandes gritas y atambores y trompetillas, y flechando y tirando varas y haciendo como fuertes guerreros. Cortés mandó questuviéramos quedos, y con tres prisioneros que les habíamos tomado el día antes les enviamos a decir y a requerir no diesen guerra, que les queremos tener por hermanos. Y como les hablaron los tres prisioneros que les enviamos, mostráronse muy más recios y nos daban tanta guerra que no les podíamos sufrir. Entonces dijo Cortés: "Santiago, y a ellos". Y de hecho arremetimos de manera que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros; y vanse retrayendo con su capitán general, que se decía Xicotenga. Una cosa tenían los tascaltecas en esta batalla y en todas las demás: que en hiriéndoles cualquiera indio luego los llevaban y no podíamos ver los muertos.

Capítulo LXXXIX

Cómo tuvimos nuestro real asentado en unos pueblos y caserías que se dice Teoacincó o Tevacingo, y lo que allí hicimos

Como nos sentimos muy trabajados de las batallas pasadas y estaban muchos soldados y caballos heridos, estuvimos un día sin hacer cosa; y otro día por la mañana Cortés acordó que se soltasen los prisioneros, y se les dio otra carta para que fuesen a decir a los caciques mayores que estaban en el pueblo cabecera de todos los de aquella provincia, que no les venimos a hacer mal ni enojo, sino para pasar por su tierra e ir a Méjico a hablar a Montezuma. Y los dos mensajeros fueron al real de Xicotenga, que les respondió que fuésemos a su pueblo, a donde está su padre, y que allá harán las paces con hartarse de nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, y que para otro día de mañana veríamos su respuesta.

Capítulo LXXV

De la gran batalla que hobimos con el poder de Tascalteca, y quiso Dios Nuestro Señor darnos vitoria, y lo que más pasó es lo siguiente

Otro día de mañana, que fue el cinco de setiembre de mill e quinientos y diez y nueve años, pusimos los caballos en concierto, y no habíamos andado medio cuarto de legua cuando vimos asomar los campos llenos de guerreros con grandes penachos y sus devisas y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Y supimos cierto questa vez venían con pensamiento que no habían de dejar ninguno de nosotros con vida que no habían de ser sacrificados a sus ídolos. Volvamos a la batalla. Pues como comenzaron a romper con nosotros, iqué granizo de piedra de los honderos! En aquella batalla matamos un capitán muy principal, y comenzaron a retraerse con

buen concierto. Y desde que nos vimos libres de aquella multitud de guerreros dimos muchas gracias a Dios. En esta batalla prendimos tres indios principales.

Capítulo LXV

Cómo otro día enviamos mensajeros a los caciques de Tascala, rogándoles con la paz, y lo que sobrello hicieron

Cortés envió a los tres indios capturados que dijese a los caciques de Tascala que les rogábamos que luego vengan de paz y que nos den pasada por su tierra para ir a Méjico, e que si agora no vienen, que les mataremos todas sus gentes. Y diz que no quisieron escuchar a los mensajeros de buena gana; y mandaron llamar todos los adivinos. Y parece ser que en las suertes hallaron que éramos hombres de hueso y carne, y que comíamos gallinas y perros y pan y fruta cuando lo teníamos, y que de día no podíamos ser vencidos, sino de noche. Y se lo enviaron a decir a su capitán general Xicotenga, para que luego con brevedad venga una noche con grandes poderes a nos dar guerra. Y nos hallaron muy apercebidos; les resistimos con las escopetas y ballestas. De presto vuelven las espaldas. Y desde que nos vimos libres de aquella arrebatada refriega gracias a Dios, dormimos lo que quedó de la noche con grande recaudo en el real, así como lo teníamos de costumbre.

Capítulo LXVI

Cómo tornamos a enviar mensajeros a los caciques de Tascala para que vengan de paz, y lo que sobrello hicieron y acordaron

Como llegaron a Tascala los mensajeros que enviamos a tratar de las paces, les hallaron que estaban en consulta los dos más principales caciques, que se decían Maseescasi y Xicotenga el Viejo. Y

quiso Dios quespiró en los pensamientos que hiciesen paces con nosotros. Y luego enviaron a hacer saber a su capitán Xicotenga y a los demás capitanes que consigo tiene para que luego se vengan sin dar más guerras. Y el capitán Xicotenga el Mozo no lo quiso escuchar, y mostró que no estaba por las paces; y dijo que él quería dar otra noche sobre nosotros y acabarnos de vencer y matar. La cual respuesta desde que la oyó su padre Xicotenga el Viejo, y Maseescasi y los demás caciques se enojaron de manera que luego enviaron a mandar a los capitanes y a todo su ejército que no fuesen con el Xicotenga a nos dar guerra, ni en tal caso le obedeciesen en cosa que les mandase, si no fuese para hacer paces; y tampoco lo quiso obedecer.

Capítulo LXXVII

*Cómo acordarnos de ir a un pueblo questaba
cerca de nuestro real, y lo que sobrello se hizo*

Como había dos días questábamos sin hacer cosas que de contar sea, fue acordado, y aun aconsejamos a Cortés, que un pueblo questaba obra de una legua de nuestro real, que le habíamos enviado a llamar de paz y no venía, que fuésemos una noche y diésemos sobrel no para hacelles mal, mas de traer comida y atemorizalles o hablalles de paz; y dícese este pueblo Cumpancingo. Desde que nos sintieron los naturales dél fuéronse huyendo de sus casas, dando voces que les íbamos a matar. Y desde aquello vimos hicimos alto en un patio hasta que fue de día, que no se les hizo ningun daño. Y así nos volvimos luego a nuestro real con el bastimento e indias y muy contentos.

Capítulo LXXVIII

Cómo desde que volvimos con Cortés de Cinpancingo con bastimentos, hallamos en nuestro real ciertas pláticas, y lo que Cortés respondió a ellas

Vueltos de Cinpancingo, que así se dice, con los bastimentos, hallamos en el real corrillos y pláticas sobre los grandísimos peligros en que cada día estábamos en aquella guerra. Y los que más en ello hablaban e asistían eran los que en la isla de Cuba dejaban sus casas y repartimientos de indios. Y juntáronse hasta siete dellos, que aquí no quiero nombrar por su honor, y fueron al rancho y aposento de Cortés; y uno dellos, que habló por todos, dijo a Cortés que mirase cuál andábamos, malamente heridos y flacos, e que nos volviésemos a la Villa Rica, pues estaba de paz la tierra. E Cortés les respondió muy mansamente, y dijo que pues Dios nos libró de tan gran peligro, que esperanza tenía que así había de ser de allí adelante; que no es cosa bien acertada volver un paso atrás; que si nos viesen volver estas gentes y los que dejamos de paz, las piedras se levantarían contra nosotros.

Capítulo LXXIX

Cómo el capitán Xicotenga tenía apercibidos veinte mil guerreros escogidos para dar en nuestro real, y lo que sobrello se hizo

Xicotenga nos envió cuarenta indios con comida de gallinas y pan y fruta y cuatro mujeres indias viejas y de ruin manera, y mucho copal y plumas de papagallos, y los indios que lo traían al parescer creíamos que venían de paz, pero parece ser que eran espías para mirar nuestras chozas, y ranchos y caballos y artillería, y cuántos estábamos en cada choza, y entradas y salidas. Y súpolo luego doña Marina y ella lo dijo a Cortés, y para saber la verdad mandó apartar

dos de los tascaltecas que parecían más hombres de bien, y confesaron que eran espías de Xicotenga, y todo a la fin que venían. Y Cortés mandó prender hasta diez y siete indios de aquellos espías, y dellos se cortaron las manos, y a otros los dedos pulgares, y los enviamos a su señor Xicotenga; y se les dijo que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les ha hecho agora aquel castigo, e digan que vengan cuando quisieren, de día y de noche, que allí le aguardaríamos dos días.

Capítulo LXX

Cómo vinieron a nuestro real los cuatro principales que habían enviado a tratar paces, y el razonamiento que hicieron, y lo que más pasó

Estando en nuestro real sin saber que habían de venir de paz, puesto que la deseábamos en gran manera, vino uno de nuestros corredores del campo a gran priesa y dice que por el camino principal de Tascala vienen muchos indios e indias con cargas. Y Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas, porque creímos ser de paz, como lo fue. Luego de todas aquellas gentes que venían con las cargas, se adelantaron cuatro principales, que traían cargo de entender en las paces, y dijeron que todos los caciques de Tascala y vasallos y aliados y amigos y confederados suyos se vienen a meter debajo de la amistad y paces de Cortés. Y después abajaron sus cabezas y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra; luego se fueron y dejaron las indias que traían para hacer pan, y gallinas y todo servicio. Y cuando aquéllo vimos y nos pareció que eran verdaderas las paces, dimos muchas gracias a Dios por ello.

Capítulo LXXI

*Cómo vinieron a nuestro real embajadores de Montezuma,
gran señor de Méjico, y del presente que trajeron*

Como Nuestro Señor Dios, por su gran misericordia, fue servido darnos vitoria de aquellas batallas de Tascala, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas y fue a oídos del gran Montezuma a la gran ciudad de Méjico, por manera que temió nuestra ida a su ciudad y despachó cinco principales hombres de mucha cuenta a Tascala y nuestro real para darnos el bien venidos, y envió en presente obra de mill pesos de oro en joyas muy ricas y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodón; y envió a decir que quería ser vasallo de nuestro gran emperador, y que viese cuánto quería de tributo cada año nuestro gran emperador, que lo dará en oro y plata y ropa y piedras de chalchivis, con tal que no fuésemos a Méjico, y esto que no lo hacía porque de muy buena voluntad no nos acogería, sino por ser la tierra estéril y fragosa.

Capítulo LXXII

*Cómo vino Xicotenga, capitán general de Tascala,
a entender en las paces, y lo que dijo y lo que nos avino*

Estando platicando Cortés con los embajadores de Montezuma, viénenle a decir que venía el capitán Xicotenga con muchos caciques y capitanes. Y le dijo quel venía de parte de su padre y de Maseescasi y de todos los caciques a rogarle que les admitiese a nuestra amistad, y que venía a dar la obediencia a nuestro rey y señor y a demandar perdón por haber tomado armas y habernos dado guerras, y que si lo hicieron que porque tuvieron por cierto que veníamos de la parte de su enemigo Montezuma. Y Cortés le dio las gracias muy cumplidas con halagos que le mostró. En todas

estas pláticas y ofrescimientos estaban presentes los embajadores mejicanos. Y desde que se hobo despedido el Xicotenga, dijeron a Cortés medio riyendo, que si creía algo de aquellos ofrescimientos que habían hecho de parte de toda Tascala; que no los creyesen, que eran palabras muy de traidores y engañosas.

Capítulo LXXXIII

Cómo vinieron a nuestro real los caciques viejos de Tascala a rogar a Cortés y a todos nosotros que luego nos fuésemos con ellos a su ciudad, y lo que sobrello pasó

Los caciques viejos de toda Tascala acordaron de venir en andas, y otros en hamacas e a cuestras, y otros a pie; los cuales eran Ma-seescasi, Xicotenga el Viejo e Guaxolocingo, Chichimeca Tecle, Tecapaneca de Topeyanco, los cuales llegaron a nuestro real con otra gran compañía de principales. Y el Xicotenga el Viejo dijo: “Malinchi malinchi: muchas veces te hemos enviado a rogar que nos perdones porque salimos de guerra, e pues ya nos habéis perdonado, lo que agora os venimos a rogar es que vais luego con nosotros a nuestra ciudad, y allí os daremos de lo que tuviésemos”. En todos los pueblos por donde pasamos llamaban a Cortés Malinche y así lo nombraré de aquí adelante. Y la causa de haberle puesto aqueste nombre es como doña Marina estaba siempre en su compañía.

Capítulo LXXXV

*Cómo fuimos a la ciudad de Tascala, y lo que los caciques
viejos hicieron, de un presente que nos dieron y cómo
trujeron sus hijas y sobrinas, y lo que más pasó*

Como los caciques vieron que comenzaba a ir nuestro fardaje camino de su ciudad, se fueron adelante para mantener que todo estuviese muy aparejado para nos rescibir y para tener los aposentos muy enramados. E ya que llegábamos a un cuarto de legua de la ciudad, sálennos a rescibir los mismos caciques que se habían adelantado, y traen consigo sus hijos y sobrinos y muchos principales. Y luego vinieron los papas de toda la provincia. Y vienen otros principales con muy gran aparato de gallinas y pan de maíz y tunas, y otras cosas de legumbres que había en la tierra, y bastecen el real muy cumplidamente; que en veinte días que allí estuvimos siempre lo hobo muy sobrado; y entramos en esta ciudad, como dicho es, en veinte y tres días del mes de setiembre de mill e quinientos y diez y nueve años.

Capítulo LXXXV

*Cómo se dijo misa estando presentes muchos caciques,
y de un presente que trujeron los caciques viejos*

Otro día de mañana mandó Cortés que se pusiese un altar para que se dijese misa, porque ya teníamos vino e hostias, y estando presente Maseescasi y el viejo Xicotenga y otros caciques; y acabada la misa, Cortés se entró en su aposento y también los dos caciques viejos, y díjole el Xicotenga que le querían traer un presente. Paresce ser que tenían concertado entre todos los caciques de darnos sus hijas y sobrinas, las más hermosas que tenían que fuesen doncellas por casar. Y Cortés les respondió que se lo teníamos en merced, e que en buenas obras se lo pagaríamos el tiempo andando.

Capítulo LXXV

Cómo trujeron las hijas a presentar a Cortés y a todos nosotros, y lo que sobrello se hizo

Otro día vinieron los mismos caciques y trujeron cinco indias, hermosas doncellas y mozas, y todas eran hijas de caciques. Y dijo Xicotenga a Cortés: “Malinche: ésta es mi hija, e no ha sido casada, que es doncella, y tomalla para vos”. Y Cortés respondió que quiere hacer primero lo que manda Dios Nuestro Señor, y que para que con mejor voluntad tomásemos aquellas sus hijas para tenellas por mujeres, que luego dejen sus malos ídolos y crean y adoren en Nuestro Señor Dios. Y lo que respondieron a todo es: “¿Cómo quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses y les han adorado y sacrificado? El padre de la Merced, que era hombre entendido e teólogo, dijo: “Señor, no cure vuestra merced de más le importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser cristianos. ¿Y qué aprovecha quitalles agora sus ídolos de un cue y adoratorio si los pasan luego a otros?”.

Capítulo LXXVI

Cómo Cortés preguntó a Maseescasi e a Xicotenga por las cosas de Méjico, y lo que en la relación dijeron

Luego Cortés les preguntó muy extenso las cosas de Méjico, y Xicotenga, como era más avisado y gran señor, tomó la mano a hablar, y dijo que tenía Montezuma tan grandes poderes de gente de guerra, y que es tan gran señor que todo lo que quiere tiene, y que en las casas que vive tiene llenas de riquezas y piedras, y que todas las riquezas de la tierra están en su poder. Y luego dijeron de la gran fortaleza de su ciudad, de la manera que la laguna y la

hondura del agua, y de las calzadas que hay por donde han de entrar en la ciudad, y la manera cómo se provee la ciudad de agua dulce desde una fuente que se dice Chapultepeque. Y luego contaron de la manera de las armas, hechas de arte que cortan más que navajas.

Capítulo LXXVIII

Cómo acordó nuestro capitán Hernando Cortés que todos nuestros capitanes y soldados que fuésemos a Méjico, y lo que sobrello pasó

Viendo nuestro capitán que había ya diez y siete días questabamos holgando en Tascala y oíamos decir de las grandes riquezas de Montezuma y su próspera ciudad, acordó ir adelante. Y pues viendo Xicotenga y Maseescasi, señores de Taxcala, que de hecho queríamos ir a Méjico, le dijeron a Cortés que no se confiase poco ni mucho de Montezuma ni de ningún mejicano, y que de noche y de día se guardase muy bien dellos, porque nos darían guerra. Y nuestro capitán les dijo que se lo agradecía el buen consejo. Y estando platicando sobre el camino que habíamos de llevar para Méjico, decían que el mejor camino y más llano era por la ciudad de Cholula, por ser vasallos del gran Montezuma, donde recibiríamos servicio, y a todos nosotros nos pareció bien que fuésemos a aquella ciudad.

Capítulo LXXIX

Cómo el gran Montezuma envió cuatro principales hombres de mucha cuenta con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron a nuestro capitán

Estando platicando Cortés con todos nosotros y con los caciques de Tascala sobre nuestra partida, viniéronle a decir que llegaron cuatro embajadores de Montezuma, con presentes de ricas joyas de oro y

de muchos géneros de hechuras. Y le dijeron aquellos embajadores a Cortés, por parte de su señor Montezuma, que se maravillaba mucho de nosotros estar tantos días entre aquellas gentes pobres y sin policía, que aun para esclavos no son buenos, por ser tan malos y traidores y robadores, y que nos rogaba que fuésemos luego a su ciudad, y que nos daría de lo que tuviese. Aquesto hacía Montezuma por sacarnos de Tascala. Los de Tascala dijeron a nuestro capitán que todos eran señores de pueblos y vasallos, con quien Montezuma enviaba a tratar cosas de mucha importancia. Entonces Cortés les dijo qué iría muy presto a ver al señor Montezuma, y les rogó questuviesen algunos días allí con nosotros. Y quedaron en rehenes cuatro de aquellos embajadores.

Capítulo LXXX

Cómo enviaron los de Cholula cuatro indios de poca valía a desculparse por no haber venido a Tascala, y lo que sobrello pasó

Nuestro capitán envió mensajeros a Cholula para que nos viniesen a ver a Tascala los caciques de aquella ciudad. A ellos parescióles que sería bien enviar cuatro indios de poca valía a desculparse e a decir que por estar malos no venían, y no trajeron bastimento ni otra cosa. Y al verlos, los caciques de Tascala dijeron a nuestro capitán que para hacer burla dél enviaban los de Cholula aquellos maceguals; por manera que Cortés les tornó a enviar luego con otros cuatro indios de Cempoal, avisándoles que viniesen dentro de tres días hombres principales, e que si no venían que los ternía por rebeldes. Y desde oyeron aquella embajada respondieron que no habían de venir a Tascala, porque son sus enemigos, e que vamos a su ciudad y salgamos de los términos de Tascala, y si no hicieren lo que deben, que los tengamos por tales como les enviamos a decir. E viendo nuestro capitán que la excusa que decían era muy justa, acordamos de ir allá.

Capítulo LXXXIX

Cómo fuimos a la ciudad de Cholula y del gran recibimiento que nos hicieron

E yendo por nuestro camino, ya cerca de la población de Cholula nos salieron a rescibir los caciques e papas e otros muchos indios, e venían muy de paz e de buena voluntad. He parecer aquellos papas y principales, como vieron los indios tascaltecas que con nosotros venían, dijeron que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad. Y luego vinieron tres principales y dos papas, y dijeron: "Malinche: perdónanos porque no fuemos a Tascala a te ver e llevar comida, no por falta de voluntad, sino por nuestros enemigos Maseescasi e Xicotenga". Y que le piden por merced que les mande volver a sus tierras, o al de menos que se queden en el campo e que no entren de aquella manera en su ciudad. E como el capitán vio la razón que tenían, mandó luego a Pedro de Alvarado e al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que rogasen a los tascaltecas que allí en el campo hiciesen sus ranchos e chozas e que no entrasen con nosotros.

Capítulo LXXXII

Cómo tenían concertado en esta ciudad de Cholula de nos matar por mandado de Montezuma, y lo que sobrello pasó

Montezuma había mandado a sus embajadores que con nosotros estaban que tratasen con los de Cholula que con un escuadrón de veinte mill hombres que tenía apercebidos para en entrando en aquella ciudad que todos nos diesen guerra. E dejémoslo agora, e vamos a decir que nos dieron muy bien de comer los dos días primeros, e al tercero ni nos daban de comer ni parecía cacique ni papa. E en aquel mismo día vinieron otros embajadores del

Montezuma, e dijeron a Cortés que su señor les enviaba a decir que no fuésemos a su ciudad porque no tenía qué nos dar de comer. E desde aquello vio Cortés, envió a llamar al cacique principal. Y el cacique estaba tan cortado, que no acertaba a hablar, y dijo que la comida que la buscarían; mas que su señor Montezuma les ha enviado a mandar que no la diesén. Y estando en estas pláticas vinieron tres indios de los de Cempoal, y secretamente dijeron a Cortés que han hallado hoyos en las calles encubiertos con madera e tierra encima, llenos de estacas muy agudas, para matar los caballos si corriesen, e Cortés ordenó a sus capitanes y los tascaltecas questuviesen muy aparejados si les enviásemos a llamar. Una india vieja, mujer de un cacique, como sabía el concierto que tenían ordenado, vino secretamente a doña Marina, y aconsejó que se fuese con ella a su casa si quería escapar la vida, porque ciertamente aquella noche nos habían de matar a todos. Entonces doña Marina entra de presto donde estaba el capitán y le dice todo lo que pasó con la india. Y Cortés comenzó a decir a los caciques que a qué causa nos querían matar; y que bien se ha parecido su mala voluntad y las traiciones, que no las pudieron encubrir, que aun de comer no nos daban, e que por su delito que han de morir. E luego mandó soltar una escopeta, que era la señal que teníamos apercebida para aquel efeto, y se les dio una mano que se les acordará para siempre; porque matamos muchos dellos.

Capítulo LXXXIII

De ciertas pláticas e mensajeros que enviamos al gran Montezuma

Como habían ya pasado catorce días questábamos en Cholula y no teníamos más en qué entender, fue acordado que blanda y amorosamente enviásemos a decir al gran Montezuma, que sus vasallos tenían ordenada una traición con pensamiento de nos matar, y porque somos hombres que tenemos tal calidad, castigamos algunos que querían ponerlo por obra. Y lo peor de todo es que dijeron los papas e caciques que por consejo e mandado dél y

de sus embajadores lo querían hacer. Lo cual nunca creímos que tan gran señor como él es tal mandase, especialmente habiéndose dado por nuestro amigo. E como el Montezuma oyó esta embajada y entendió que por lo de Cholula no le poníamos toda la culpa, tornó a entrar con sus papas en ayunos e sacrificios.

Capítulo LXXXIV

*Cómo el gran Montezuma envió un presente de oro,
y lo que envió a decir, y cómo acordamos de ir camino
de Méjico, y lo que más acaesció sobre ello*

Después de muchos acuerdos que tuvo, el gran Montezuma envió seis principales con un presente de oro y joyas, que dijeron a Cortés: “Nuestro señor, el gran Montezuma, te envía este presente, y dice que le pesa del enojo que le dieron los de Cholula, e que tuviésemos por muy cierto que era nuestro amigo e que vamos a su ciudad cuando quisiéremos, e porque no tiene que nos dar de comer, no lo podrá hacer tan cumplidamente, qué procurará de hacernos toda la más honra que pudiere, y que por los pueblos por donde habíamos de pasar qué ha mandado que nos den le que hobiésemos menester”. Cortés rescibió aquel presente con muestras de amor, e dijo que solamente había menester mill indios para llevar los tepuzquez e fardaje e para adobar algunos caminos.

Capítulo LXXXV

*Cómo comenzamos a caminar para la ciudad de Méjico, y lo
que en el camino nos avino, y lo que Montezuma envió a decir*

Otro día comenzamos a caminar, e a hora de misas mayores llegamos a un pueblo que ya he dicho que se dice Tamanalco, e nos recibieron bien, e de comer no faltó, e como supieron de otros pue-

blos de nuestra llegada, trujeron un presente de oro y dos cargas de mantas e ocho indias. Y Cortés lo recibió con grande amor, y se les ofresció que en todo lo que hobiesen menester les ayudaría; e que veníamos a deshacer agravios e robos. Y todos aquellos pueblos dan tantas quejas de Montezuma e de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenían, e que les hacían trabajar como si fueran esclavos. E Cortés les consoló, les dijo qué les quitaría aquel dominio, que le diesen veinte hombres principales que vayan en nuestra compañía, y que haría mucho por ello e les haría justicia desde que haya entrado en Méjico. Y con alegre rostro todos los de aquellos pueblos dieron buenas respuestas, y nos trujeron los veinte indios.

Capítulo LXXXV

*Cómo el gran Montezuma nos envió otros emba-
jadores con un presente de oro y mantas, y lo que
dijeron a Cortés, y lo que les respondió*

Ya questábamos de partida para ir nuestro camino a Méjico, vinieron ante Cortés cuatro principales mejicanos que envió Montezuma y trujeron un presente de oro y mantas, y dijeron: "Malinche: este presente te envía nuestro señor el gran Montezuma, y dice que le pesa mucho por el trabajo que habéis pasado en venir de tan lejos tierras a le ver, e agora te pide que te vuelvas por donde viniste, quel te promete de te enviar al puerto mucha cantidad de oro y plata y ricas piedras para ese vuestro rey, y para ti te dará cuatro cargas de oro, y para cada uno de tus hermanos una carga". Cortés les respondió que se maravillaba del señor Montezuma, siendo tan gran señor, tener tantas mudanzas, y que de una manera o de otra que habíamos de entrar en su ciudad, e que ya vamos camino, que haya por bien nuestra ida. Como oyó la respuesta de Cortés, Montezuma acordó de enviar a un sobrino, que se decía Cacamatzin, señor de Tezcucó, a dar el bienvenido a Cortés. Cacamatzin venía en

andas muy ricas, labradas de plumas verdes y mucha argentería y otras ricas pedrerías. Le dijo a Cortés: "Malinche: aquí venimos yo y estos señores a te servir e hacerte dar todo lo que hovieses menester para ti y tus compañeros, porque así nos es mandado por nuestro señor el gran Montezuma". Y Cortés le abrazó, e luego nos partimos, y llegamos a la calzada ancha y vamos camino de Estapalapa. Desde vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y aquella calzada tan derecha, nos quedamos admirados. Los palacios donde nos aposentaron eran grandes y bien labrados, de cantería muy prima, y a madera de cedros. En la huerta e jardín había diversidad de árboles y olores, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce, y otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra, e todo muy encalado y lucido, y aves de muchas diversidades y raleas. Agora todo está por el suelo, perdido, que no hay cosa en pie.

Capítulo LXXXVII

*Del grande y solene rescibimiento que nos hizo
el gran Montezuma a Cortés y a todos nosotros
en la entrada de la gran ciudad de Méjico*

Cuando llegamos a una calzadilla que iba a Cuyuacan, vinieron muchos principales que enviaba el gran Montezuma a recebirnos. Y desde allí se adelantaron Cacamatzin, señor de Tezcuco, y el señor de Estapalapa, y el señor de Tacuba y el señor de Cuyuacán a encontrarse con el gran Montezuma, que venía cerca, en ricas andas. Ya que llegábamos cerca de Méjico, se apeó el gran Montezuma, que venía muy ricamente ataviado, con suelas de oro y pedrería; y otros muchos señores que venían delante barriendo el suelo por donde había de pisar, le ponían mantas por que no tocase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban en la cara. Nos

llevaron aposentar a unas grandes casas, y Montezuma se fue a sus palacios, que no estaban lejos. Ésta fue nuestra venturosa e atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitán, Méjico, a ocho días del mes de noviembre año de Nuestro Salvador Jesucristo de mill e quinientos y diez y nueve años.

Capítulo LXXXV

Cómo el gran Montezuma vino a nuestros aposentos con muchos caciques que le acompañaban, e la plática que tuvo con nuestro capitán

Como el gran Montezuma hobo comido, vino a nuestro aposento con gran copia de principales con gran pompa. E como a Cortés le dijeron que venía, le salió a mitad de la sala a recibir. El Montezuma dijo a nuestro capitán que se holgaba de tener en su casa e reino unos caballeros tan esforzados. Y tenía apercebido muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras, que dio a nuestro capitán, e ansimismo a cada uno de nuestros capitanes dio cositas de oro y tres cargas de mantas de labores ricas de plumas; y entre todos los soldados también nos dio a cada uno a dos cargas de mantas. Y había mandado el Montezuma a sus mayordomos que estuviésemos proveídos, con maíz e piedras e indias para hacer pan, e gallinas y fruta, y mucha hierba para los caballos.

Capítulo LXXXIX

Cómo luego otro día fue nuestro capitán a ver al gran Montezuma, y de ciertas prácticas que tuvieron

Otro día acordó Cortés de ir a los palacios de Montezuma con cuatro capitanes, Pedro de Alvarado e Juan Velázquez de León e Diego de Ordaz e Gonzalo de Sandoval, y también fuimos cinco

soldados. Y como el Montezuma lo supo, salió a nos rescebir muy acompañado de sus sobrinos. E Cortés les comenzó a hacer un razonamiento, y les dijo que éramos cristianos e adoramos a un solo Dios verdadero, que se dice Jesucristo; e que aquellos que ellos tienen por dioses, que no lo son, sino diablos. E porque pareció quel Montezuma quería responder, cesó Cortés la práctica. Y el Montezuma respondió: “Malinche: bien sé que te han dicho esos de Tascala, que yo soy como dios o teule, e que cuanto hay en mis casas es todo oro e plata y piedras ricas; bien tengo conosciado que como sois entendidos, que no lo creeríades y lo terníades por burla”. E Cortés le respondió también riendo, e dijo que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas. E nos despedimos con grandes cortesías dél, y nos fuimos a nuestros aposentos.

Capítulo XC

De la manera e persona del gran Montezuma, y de cuán grande señor era

Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura e bien proporcionado, y la color ni muy moreno, sino propia color e matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, y el rostro algo largo e alegre, e los ojos de buena manera, e mostraba en su persona, en el mirar, amor e quando era menester gravedad; era muy polido e limpio, bañándose cada día una vez, a la tarde; tenía muchas mujeres por amigas, que quando usaba con ellas era tan secretamente que no lo alcanzaban a saber sino alguno de los que le servían. Tenía sobre docientos principales de su guarda, y quando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos y los ojos bajos, puestos en tierra, y no miralle a la cara, y con tres reverencias que le hacían e le decían en ellas; “Señor, mi señor, mi gran señor”; no le volvían las espaldas al despedirse dél, sino la cara e ojos bajos, en tierra.

Capítulo XCJ

Cómo nuestro capitán salió a ver la ciudad de Méjico y el Tatelulco, ques la plaza mayor, y el gran cu de su Vichilobos, y lo que más pasó

Nos dijo Cortés que sería bien ir a la plaza mayor y ver el gran adoratorio de su Vichilobos. Y el Montezuma, como lo supo, envió a decir que fuésemos en buen hora, y por otra parte temió no le fuésemos a hacer algún deshonor en sus ídolos, y acordó de ir él en persona. Fuimos al gran cu, e antes que subiésemos ninguna grada dél envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen a nuestro capitán. Y desde lo alto vimos las tres calzadas que entran en Méjico, ques la de Istepalapa, la de Tacuba y la de Tepeaquilla. Y víamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad. Entre nosotros hobo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, e en Constantinopla e en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño e llena de tanta gente no la habían visto.

Capítulo XCJJ

Cómo hicimos nuestra iglesia e altar en nuestro aposento, e hallamos la sala y recámara del tesoro del padre de Montezuma, y de cómo se acordó prender al Montezuma

Nuestro capitán Cortés demandó a los mayordomos del gran Montezuma albañiles para que en nuestro aposento hiciésemos una iglesia. Pero cuando mirábamos a dónde mejor e más conveniente parte habíamos de hacer el altar, uno de nuestros soldados vio en una pared como señal que había sido puerta, y como había fama que en aquel aposento tenía Montezuma el tesoro de su padre

Axayaca, sospechóse questaria en aquella sala, y secretamente se abrió la puerta. Y desde fue abierta y Cortés con ciertos capitanes entraron primero y vieron tanto número de joyas de oro e en planchas, y otras muy grandes riquezas, no supieron qué decir de tanta riqueza. E acordóse que la misma puerta se tornase a cerrar, y encalóse de la manera que la hallamos, y que no se hablase en ello por que no lo alcanzase a saber Montezuma hasta ver otro tiempo. En fin de más razones fue acordado que aquel mismo día se prendiese Montezuma, o morir todos sobrello.

Capítulo XCIII

Cómo fue la batalla que dieron los capitanes mejicanos a Juan de Escalante, y cómo le mataron a él e al caballo y a seis soldados y a muchos amigos indios totonaques que también allí murieron

Cuando partimos de Cempoal para venir a Méjico, quedó en la Villa Rica por capitán y alguacil mayor de la Nueva España un Juan de Escalante, amigo de Cortés. Y como el gran Montezuma tenía muchas guarniciones y capitanes de gente de guerra en todas las provincias, demandaron tributos de indios y bastimento para sus gentes, y ellos dijeron que no se lo querían dar, porque Malinche les mandó que no lo diesen. Y los capitanes mejicanos respondieron que si no lo daban que vernían a destruir sus pueblos y llevarlos cativos, y que su señor Montezuma se lo había mandado de poco tiempo acá. Y los totonaques vinieron al capitán Juan de Escalante e quéjense reciamente de los mejicanos. Y Juan de Escalante apercibió todos los pueblos nuestros amigos de la sierra que viniesen con sus armas, y en el campo se encontraron al cuarto del alba; pero quedó mal herido, y dende a tres días murió él y los soldados.

Capítulo XCIV

De la prisión del gran Montezuma y lo que sobrello se hizo

Nuestro capitán hizo saber al Montezuma que iba a su palacio. Y el Montezuma bien entendió, poco más o menos, que iba enojado por lo de Escalante. Y como entró Cortés, le dijo: “Señor Montezuma: muy maravillado de vos estoy de mandar a vuestros capitanes para matar un español”. Y que convenía que se vaya con nosotros. Y que si alboroto o voces daba, que luego sería muerto. Cuando esto oyó el Montezuma, estuvo muy espantado, y respondió que nunca mandó que tomasen armas contra nosotros, y que llamaría a sus capitanes y los castigaría. Y en lo de ir preso, que no era persona la suya para que tal le mandase e que no era su voluntad salir. Tornó a decir Cortés que su persona había de ir con ellos, y en fin de muchas razones que pasaron, dijo que él iría de buena voluntad. Y luego le vinieron a ver todos los mayores principales mejicanos y sus sobrinos a hablar con él y a saber la causa de su prisión, y si mandaba que nos diesen guerra. Y entonces llegaron los capitanes que mataron nuestros soldados. Y sin más gastar razones, Cortés los sentenció a que fuesen quemados delante los palacios del Montezuma.

Capítulo XCV

Cómo nuestro Cortés envió a la Villa Rica por teniente y capitán a un hidalgo que se decía Alonso de Grado

Después de hecha justicia de Quetzalpopoca y sus capitanes, acordó nuestro capitán de enviar a la Villa Rica por teniente della a un soldado que se decía Alonso de Grado, porque era hombre muy entendido y de buena plática y presencia, y músico e gran escribano. Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fue

contrario de nuestro Cortés para que no fuésemos a Mejico y nos volviésemos a la Villa Rica. El Alonso de Grado le suplicó que le hiciese merced de la vara de alguacil mayor como la tenía el Juan de Escalante, que mataron los indios, e Cortés le dijo que ya la había dado a Gonzalo de Sandoval, e que para él, que no le faltaría, el tiempo andando, otro oficio muy honroso, e que se fuese con Dios. Y como el Alonso de Grado llegó a la villa, demandaba joyas de oro, e indias hermosas. Todo lo cual muy en posta se lo hicieron saber por cartas a Cortés a Méjico y como lo supo, ordenó a Gonzalo de Sandoval que lo enviara preso a Méjico.

Capítulo XCVI

*Cómo estando el gran Montezuma preso, siempre Cortés
y todos nuestros soldados le festejamos y regocijamos*

Nuestro capitán procuraba cada día, después de haber rezado (que entonces no teníamos vino para decir misa), de irle a tener palacio al Montezuma, y le preguntaban que qué tal estaba y que mirase lo que manda, que todo se haría, y que no tuviese congoja de su prisión. El Montezuma era tan bueno, que a todos nos daba joyas, a otros mantas e indias hermosas. Como en aquel tiempo yo era mancebo, y siempre questaba en su guarda o pasaba delante dél con muy gran acato le quitaba mi bonete de armas, me mandó llamar e me dijo: “Bernal Díaz del Castillo, hánme dicho que tenéis motolinea de ropa y oro, y os mandaré dar hoy una buena moza; tratadla muy bien, ques hija de hombre principal; y también os darán oro y mantas.” Yo le respondí, con mucho acato, que le besaba las manos por tan gran merced, y que Dios Nuestro Señor le prosperase.

Capítulo XCVII

*Cómo Cortés mandó hacer dos bergantines de mucho sostén,
y cómo el gran Montezuma dijo a Cortés que le
diese licencia para ir a hacer oración a sus templos*

Cortés fue a hacer saber al gran Montezuma que quería hacer dos navíos chicos para se andar holgando en la laguna; y como había muchos carpinteros de los indios, fueron de presto hechos y calafateados y breados y puestos sus jarcias. El Montezuma dijo a Cortés que quería salir e ir a sus templos y cumplir sus devociones. Y Cortés le dijo que no hiciese cosa con que perdiese la vida, y que para ello enviaba soldados para que lo matasen en sintiendo alguna novedad de su persona, e que vaya mucho en buena hora, y que no sacrificase ningunas personas. Ya que llegábamos cerca del maldito templo, el Montezuma mandó que le sacasen de las andas, y fue arrimado a hombros de sus sobrinos y de otros caciques. Y desde que hobo hecho sus sacrificios, nos volvimos con él a nuestros aposentos, y estaba muy alegre; y a los soldados que con él fuimos nos hizo merced de joyas de oro.

Capítulo XCVIII

*Cómo echamos los dos bergantines al agua y cómo
el gran Montezuma dijo que quería ir a caza*

Montezuma dijo a Cortés que quería ir a caza en la laguna a un peñol questaba acotado. Y Cortés le dijo que fuese mucho en buen hora, y que mirase lo que de antes le había dicho; y que en aquellos bergantines iría, que era mejor navegación ir en ello que en sus canoas. Y el Montezuma mató toda caza que quiso de venados y liebres y conejos, y volvió muy contento a la ciudad. Era tan gran príncipe, que no solamente le traían tributos de todas las

más partes de la Nueva España y señoreaba tantas tierras y todas bien obedecido, que aun estando preso sus vasallos temblaban dél. Dejemos esto y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de cuando en cuando su rueda. En aqueste tiempo tenían convocado entre los sobrinos y deudos del gran Montezuma a otros muchos caciques y a toda la tierra para darnos guerra y soltar al Montezuma y alzarse algunos dellos por reyes de Méjico.

Capítulo XCIX

Cómo los sobrinos del gran Montezuma andaban convocando e atrayendo a si las voluntades de otros señores para venir a Méjico y sacar de la prisión al gran Montezuma

Desde que el Cacamatzin, señor de la ciudad de Tezcuco, ques, después de Méjico, la mayor y más principal ciudad que hay en la Nueva España, entendió que hacía muchos días questaba preso su tío Montezuma, acordó de convocar a todos los señores de Tezcuco sus vasallos, e al señor de Cuyuacán, que era su primo y sobrino del Montezuma, e al señor de Tacuba, e al señor de Iztapalapa e a otro cacique muy grande, señor de Matalcingo, y este cacique era muy valiente por su persona entre los indios, para en tal día viniesen con todos sus poderes y nos diesen guerra. Montezuma lo supo, y como era cuerdo y no quería ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo a Cortés. Y Cortés le envió a decir al Cacamatzin que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdición. Y como el Cacamatzin era mancebo y halló otros muchos de su parescer, le respondió que ni conocía a rey ni quisiera haber conocido a Cortés, que con palabras blandas prendió a su tío. Desde que envió aquella respuesta, nuestro capitán rogó al Montezuma que prendiesen al Cacamatzín. Y Montezuma envió a decir a los capitanes de Tezcuco que mandaba llamar a su sobrino para hacer las amistades. Y Cacamatzín acordó de enviar a decir a su

tío que había de tener empacho envialle a decir que venga a tener amistad con quien tanto mal y deshonra le ha hecho teniéndole preso. Y cuando el gran Montezuma oyó aquella respuesta rescibió mucho enojo, y envió a llamar seis de sus capitanes para que ciertos capitanes y parientes questaban muy mal con el Cacamatzín, lo prendiesen. Ya todo esto hecho, como los caciques y reyezuelos, sobrinos del gran Montezuma, que eran el señor de Cuyuacán, e el señor de Iztapalapa, y el de Tacuba, vieron y oyeron la prisión del Cacamatzín no le venían a hacer palacio como solían. Y con acuerdo de Cortés, que le convocó e atrajo al Montezuma para que los mandase prender, en ocho días todos estuvieron presos en la cadena gorda.

Capítulo C

Cómo el gran Montezuma, con muchos caciques y principales de la comarca, dieron la obediencia a Su Majestad, y de otras cosas que sobrello pasó

Como el capitán Cortés vio que ya estaban presos aquellos reyecillos y todas las ciudades pacíficas, dijo a Montezuma que será bien qué y todos sus vasallos le den la obediencia. Y el Montezuma dijo que juntaría sus vasallos y hablaría sobrello, y en diez días se juntaron todos los más caciques de aquella comarca. Les dijo: "Lo que yo os mando es que se lo demos e contribuyamos con alguna señal de vasallaje, y mira que en diez y ocho años ha que soy vuestro señor siempre me habéis sido muy leales, e yo os he enriquecido e ensanchado vuestras tierras." E desque oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta que harían lo que mandase, y con muchas lágrimas y sospiros, y el Montezuma muchas más.

Capítulo C9

Cómo nuestro Cortés procuró de saber de las minas del oro y de qué calidad eran

Estando Cortés e otros capitanes con el gran Montezuma teniéndole palacio, le preguntó que a qué parte eran las minas, y de qué manera cogían el oro que le traían en granos, porque quería enviar a vello dos de nuestros soldados, grandes mineros. Y el Montezuma dijo que de tres partes, de una provincia que se dice Zacatula, al Sur, de Tustepeque, e que cerca de aquella provincia hay otras buenas minas en parte que no son sus sujetas, que se dicen los Chinantecas y Zapotecas. Y Cortés le dio las gracias por ello, y luego despachó a Gonzalo de Umbría con otros dos soldados mineros a lo de Zacatula. E por la banda de Norte despachó para ver las minas a un capitan que se decía Pizarro. Ya partidos para ver las minas, le dio el gran Montezuma a nuestro capitan, en un paño de henequén, pintados y señalados muy al natural todos los ríos e ancones que había en la costa del Norte desde Pánuco hasta Tabasco.

Capítulo C99

Cómo volvieron los capitanes que nuestro Cortés envió a ver las minas

El primero que volvió a la ciudad de Méjico a dar razón de lo que Cortés le envió fue el Gonzalo de Umbría e sus compañeros, y trajeron obra de trecientos pesos en granos, que sacaron delante-dellos los indios de un pueblo que se dice Zacatula. Y Cortés se holgó tanto con el oro como si fueran treinta mill pesos, en saber cierto que había buenas minas. Y decía el Umbría que no muy lejos de Méjico había grandes poblaciones y de gente polida, y paresce ser eran los pueblos del pariente del Montezuma. El Pizarro y un soldado trujeron sobre mill pesos de granos de oro, sacado de las

minas. Cortés rescibió bien al Pizarro y tomó el presente que le dieron, y porque han pasado muchos años no me acuerdo qué tanto era.

Capítulo CXXX

Cómo Cortés dijo al gran Montezuma que mandase a todos los caciques de toda su tierra que tributasen a Su Majestad; pues comúnmente sabían que tenían oro, y lo que sobrello se hizo

Pues como el capitán Diego de Ordaz y los demás soldados vinieron con muestras de oro y relación que toda la tierra era rica, Cortés, con consejo de Ordaz, acordó de decir y demandar al Montezuma que todos los caciques y pueblos de la tierra tributasen a Su Majestad, y quél mesmo, como gran señor, también diese de sus tesoros. Y respondió quél enviaría por todos los pueblos a demandar oro, mas que muchos dellos no lo alcanzaban. Y de presto despachó principales a las partes donde había minas y les mandó que diese cada pueblo tributo. En obra de veinte días vinieron todos los principales que Montezuma había enviado a cobrar los tributos del oro, y así como vinieron envió a llamar a Cortés, y le dijo: "Toma ese oro que se ha recogido: por ser de priesa no se trae más. Lo que yo tengo aparejado para el emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre y questá en vuestro poder y aposentos." Y desdeque aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, que en aquella hora envió sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza questaba en aquella sala. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro, y pesado hobo en ellos sobre seiscientos mill pesos, sin la plata e otras muchas riquezas, y no cuento con ello los tejuelos y planchas de oro y el oro en granos de las minas. Y traen otro presente por sí de lo que el gran Montezuma había dicho que daría, que fue cosa de admiración de tanto oro, y las riquezas de otras joyas que trujo, pues las piedras

chalchivis eran tan ricas que valían mucha cantidad de oro. Pues las tres cervatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenían de pedrerías e perlas y las pinturas de pluma y de pajaritos llenos de aljófar y otras aves, todo era de gran valor. Dejemos de decir de penachos y plumas, y otras muchas cosas ricas, y las joyas ricas que nos pareció que no eran para deshacer.

Capítulo CCV

Cómo se repartió el oro que hobimos, así de lo que dio el gran Montezuma como lo que se recogió de los pueblos, y de lo que sobrello acaesció a un soldado

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo que le sacasen a él otro quinto como a Su Majestad. Luego tras esto dijo que había hecho cierta costa en la isla de Cuba, que gastó en el armada; que lo sacasen del montón, y demás desto, que se apartase del mismo montón la costa que había hecho Diego Velázquez en los navíos, para los procuradores que fueron a Castilla, para los que quedaban en la Villa Rica, que eran setenta vecinos, para el caballo que se le murió, para la yegua de Juan Sedeño que mataron los de Tascala, para el fraile de la Merced y el clérigo Juan Díaz, y los capitanes, y los que traían caballos dobladas partes, e escopeteros y ballesteros por el consiguiente, de manera que quedaba muy poco de parte que muchos soldados hobo que no lo quisieron rescibir, y con todo se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar. Las partes que quedaban a los de la Villa Rica se lo mandó llevar a Tascala para que allí se lo guardasen. Dejemos de hablar en el oro y de lo mal que se repartió y peor se gozó, y diré lo que a un soldado que se decía Fulano de Cárdenas le acaesció. Aquel soldado tenía en su tierra mujer e hijos, y, como a muchos nos acontece, debía destar pobre, y vino a buscar la vida para volverse a su mujer e hijos, e como había visto tanta riqueza en oro, y al repartir dello vio que no le daban sino cien pesos, cayó malo

de pensamiento y tristeza, y dijo a un su amigo: "¡Que muera mi mujer e hijos de hambre pudiéndolo socorrer! Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabía, con ello se sostuvieran mi mujer e hijos, y aun les sobrarian; mas mira qué embustes tuvo, e lo que escondió". Esto lo alcanzó a saber Cortés, y dijo que todo lo que tenía era para nosotros, y que él no quería quinto, sino la parte que le cabe de capitán general. Y demás desto llamó aparte al Cárdenas y con palabras le halagó, y le dio trecientos pesos.

Capítulo CV

*Cómo hobieron palabras Juan Velázquez de León y el tesorero
Gonzalo Mexia sobre el oro que faltaba de los montones
antes que se fundiese, y lo que Cortés hizo sobre ello*

Como el oro comúnmente todos los hombres lo deseamos, y mientras unos más tienen más quieren, aconteció que como faltaban muchas piezas del oro conocidas de los montones, y como Gonzalo Mexía, que era tesorero, le dijo secretamente a Juan Velázquez de León que se las diese, y el, que era muy privado de Cortés, dijo que no le quería dar ninguna cosa. Gonzalo Mexía respondió que bastaba lo que Cortés había escondido y tomado a los compañeros, y todavía como tesorero demandaba mucho oro que no se había pagado el real quinto, y de palabras en palabras vinieron a se desmandar y echaron mano a las espadas, y si de presto no los metiéramos en paz, entrambos a dos acabarían allí sus vidas. Y como Cortés lo supo, los mandó echar presos cada uno en una cadena gorda. Y parece ser que secretamente habló Cortés al Juan Velázquez de León, que se estuviese preso dos días en la misma cadena, por que viésemos todos que hacía justicia. He traído esto aquí a la memoria, para que vean que Cortés, so color de hacer justicia, por que todos le temiésemos, era con grandes mañas.

Capítulo CVI

Cómo el gran Montezuma dijo a Cortés que le quería dar una hija de las suyas para que se casase con ella, y lo que Cortés le respondió, y todavía la tomó, y la servían y honraban como hija de tal señor

Un día le dijo el Montezuma a Cortés: “Mira, Malinche, qué tanto os amo, que os quiero dar a una hija mía muy hermosa para que la tengáis por vuestra legítima mujer”. Y Cortés le dijo que era gran merced, mas que era casado, y que él la tenía en aquel grado que hija de tan gran señor meresce, y que primero quiere se vuelva cristiana. Y Montezuma lo hobo por bien, mas he de un día en otro no cesaba sus sacrificios. Y Cortés tomó consejo con nuestros capitanes de que hiciese que quería derrocar los ídolos del alto Huichilobos, y si viésemos que se ponían en defendello o que se alborotaban, que demandase licencia para hacer un altar en una parte del cu y poner un crucifijo e una imagen de Nuestra Señora. Y fue Cortés y se lo dijo al Montezuma, que desdeque esto oyó dijo: “¡Oh, Malinche, como nos queréis echar a perder a toda esta ciudad!” Y con semblante muy triste dijo qué lo trataría con los papas; y en fin de muchas palabras que sobrello hobo se puso en un días del mes de dos de mill e quinientos y diez y nueve años.

Capítulo CVII

Cómo el gran Montezuma dijo a nuestro capitán Cortés que se saliese de Méjico con todos los soldados, porque se querían levantar todos los caciques y papas y darnos guerra

Como habíamos puesto en el gran cu la imagen de Nuestra Señora y la cruz, parece ser que los Vichilobos e el Tezcatepuca hablaron con los papas y les dijeron que se querían ir de su provincia, pues tan mal tratados son de los teules, e que adonde están aquellas figuras y cruz

que no quieren estar, e que se lo dijessen a Montezuma y a todos sus capitanes que luego comenzasen la guerra y nos matasen. Y el gran Montezuma envió a llamar a Cortés, y le dijo: “¡Oh señor Malinche y señores capitanes: os digo que salgáis desta ciudad, si no mataros han”. Y Cortés le dijo que se lo tenía en merced el aviso, y que al presente de dos cosas le pesaba: no tener navíos en que se ir, que los mandó quebrar los que trujo, y la otra, que por fuerza había de ir el Montezuma con nosotros para que le vea nuestro gran emperador, y que le pide por merced que tenga por bien que, hasta que se hagan tres navíos en el Arenal, que detenga a los papas y capitanes. E el Montezuma estuvo muy más triste que de antes.

Capítulo CVIII

Cómo Diego Velázquez, gobernador de Cuba, dio muy gran priesa en enviar su armada contra nosotros, y en ella por capitán general a Pánfilo de Narváez, y cómo vino en su compañía el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de la real audiencia de Santo Domingo, y lo que sobrello se hizo

Diego Velázquez, gobernador de Cuba, supo que habíamos enviado nuestros procuradores a Su Majestad con todo el oro que habíamos habido, y muchas diversidades de joyas, y oro en granos sacado de las minas, y otras muchas cosas de gran valor, y que no le acudimos con cosa ninguna. E hizo una armada de diez y nueve navíos y con mill y cuatrocientos soldados que viniesen con Pánfilo de Narváez para que le llevasen presos a Cortés y a todos nosotros sus capitanes y soldados, o al de menos no quedásemos algunos con las vidas. Y como lo supieron la Real Audiencia de Santo Domingo y tenían memoria de nuestros muchos y buenos e leales servicios que hacíamos a Dios y a Su Majestad, acordaron de enviar a Lucas Vázquez de Ayllón, que era oidor de la misma Real Audiencia, para que estorbase la armada al Diego Velásquez, y vínose con el mismo Narváez para poner paces y dar buenos conciertos entre Cortés y el Narváez.

Capítulo CIX

Cómo Pánfilo de Narváez llegó al puerto de San Juan de Ulúa, que se dice la Veracruz, con toda su armada, y lo que le sucedió

Viniendo el Pánfilo de Narváez con diez y nueve navíos, tuvo un viento Norte, y se le perdió un navío de poco porte, y con toda la más flota vino a San Juan de Ulúa. Y allí tuvieron noticia della los soldados que había enviado Cortés a buscar las minas, y viénense a los navíos del Narváez. Y aun decía uno de ellos: “¡Oh, Narváez, qué bienaventurado que eres e a qué tiempo has venido! Que tiene ese traidor de Cortés allegados más de setecientos mill pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabia del oro de parte”. Alcanzó a saber el gran Montezuma cómo estaban allí surtos en el puerto con los navíos muchos capitanes y soldados, y envió sus principales secretamente, y les mandó dar comida y oro y ropa, y el Narváez envió a decir al Montezuma descomedimientos contra Cortés, que éramos unas gentes malas, ladrones, y que a Cortés y a todos nosotros, nos prendiesen o matasen. Y cuando Montezuma lo supo tuvo gran contento, y por ganar por la mano y no le tuviese por sospechoso, le dijo todo a Cortés, y Cortés estuvo muy pensativo, porque bien entendió que aquella armada que la enviaba el gobernador Diego Velázquez contra él.

Capítulo CX

*Cómo Pánfilo de Narváez envió con cinco personas
de su armada a requerir a Gonzalo de Sandoval,
questaba por capitán en la Villa Rica, que se diese luego
con todos los vecinos, y lo que sobrello pasó*

Como aquellos malos de nuestros soldados que se le pasaron al Narváez le avisaron quel capitán Gonzalo de Sandoval estaba en la Villa Rica de la Veracruz, acordó de enviar a un clérigo que se decía Guevara, e a Amaya, pariente del Diego Velázquez, e a un escribano que se decía Vergara, y tres testigos, para que notificasen al Gonzalo de Sandoval que luego se diese al Narváez. Dicen que el Gonzalo de Sandoval sabía de los navíos por nuevas de indios, y sospechando que aquella armada era de Diego Velásquez, estaba convocando a sus soldados. Entonces llegaron cinco españoles de Cuba; y el clérigo Guevara dijo quel Diego Velázquez había gastado muchos dineros en la armada, e que Cortés y todos los demás que había traído en su compañía le haban sido traidores y que les venía a notificar que fuesen a dar la obediencia al señor Pánfilo de Narváez, que venía por capitán general del Diego Velázquez. E como el Sandoval oyó aquellas palabras le dijo que mentía como ruin clérigo; y luego mandó a sus soldados que los llevasen presos a Méjico. Y no lo hobo bien dicho, los arrestaron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza.

Capítulo CXI

Cómo Cortés, después de bien informado de quién era capitán, y quién y cuántos venían en la armada, y los pertrechos de guerra que traía, escribió al capitán y a otros sus amigos

Cortés acordó que se escribiese en posta con indios que llevasen las cartas al Narváez antes que llegase el clérigo Guevara, con muchos ofrescimientos, y que le pedíamos que no alborotase la tierra ni los indios vieses entre nosotros divisiones. Y el padre Guevara y el escribano Vergara dijeron a Cortés que Narváez no venía bien quisto con sus capitanes, y que les enviase algunos tejuelos y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan peñas. Y Cortés secretamente mandó dar al oidor cadenas y tejuelos, y el clérigo Guevara y sus compañeros hablan al Narváez que Cortés era muy buen caballero e gran servidor del rey, y que deje a Cortés en otras provincias, pues hay tierras hartas donde se pueden albergar. Y el Narváez, como era cabezudo y venía muy pujante, no le quiso oír, antes dijo delante del mismo padre que Cortés y todos nosotros éramos unos traidores, e porque el fraile respondía que antes éramos muy leales servidores del rey, le trató mal de palabra.

Capítulo CXII

Cómo hobieron palabras el capitán Pánfilo de Narváez y el oidor Lucas Vázquez de Ayllón; y el Narváez le mandó prender y le envió en un navío preso a Cuba o a Castilla, y lo que sobre ello avino

Parece ser que como el oidor Lucas Vázquez de Ayllón venía a favorecer las cosas de Cortés y de todos nosotros, porque ansi se lo habían mandado la Real Audiencia de Santo Domingo, y los frailes

jerónimos questaban por gobernadores, como sabían los muchos y buenos y leales servicios que hacíamos a Dios primeramente, y a nuestro rey y señor, y del gran presente que enviamos a Castilla con nuestros procuradores, y como vio las cartas de Cortés, e con ellas tejuelos de oro, tuvo pensamiento el Narváez que el oidor entendía en ello e poner cizaña. Y tuvo tal atrevimiento el Narváez, que prendió al oidor del rey y envióle preso a él y a ciertos sus criados y a su escribano y los hizo embarcar en un navío y los envió a Castilla, o a la isla de Cuba.

Capítulo CXIII

Cómo Narváez, después que echó preso al oidor Lucas Vázquez de Ayllón e a su escribano, se pasó con toda la armada a un pueblo que se dice Cempoal, y lo que en él concertó

Como Narváez hubo enviado preso al oidor de la Audiencia real de Santo Domingo, procuró de se ir con todo su fardaje e municiones e pertrechos de guerra a sentar real en un pueblo que se dice Cempoal; y la primera cosa que hizo tomó por fuerza al cacique, todas las mantas y ropa e oro que Cortés le dio a guardar antes que partiésemos para Tascala, y también le tomó las indias que habían dado los caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casa de sus padres porque eran hijas de señores e para ir a la guerra muy delicadas. El cacique dijo a Narváez que no le tomase cosa alguna de lo que Cortés le dejó, porque si lo sabía que se lo tomaban, que mataría por ello. E como aquello le cían, hacían burla de lo que decía. El Narváez requirió a nuestro capitán unas provisiones que decían eran traslados de los originales que traía, para ser capitán por el gobernador Diego Velásquez. Cortés tomó consejo con nuestros capitanes, e por todos fue acordado que fuésemos sobre el Narváez, e que Pedro de Alvarado quedase en Méjico en guarda de Montezuma.

Capítulo CXIV

Cómo el gran Montezuma preguntó a Cortés que cómo quería ir sobre Narváez siendo los que traía el Narváez muchos e Cortés pocos, e que le pesaría si nos viniese algún mal

Como estaban platicando Cortés y el gran Montezuma, como lo tenían de costumbre, dijo el Montezuma a Cortés: “Señor Malinche: a todos vuestros capitanes e soldados os veo andar desasosegados, e también he visto que no me visitáis sino de cuando en cuando, e Orteguilla, el paje, me dice que queréis ir sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navíos, e queréis dejar aquí en mi guarda al Tonatio”. Cortés le respondió con un semblante de alegría e le dijo que si no le había venido a dar relación dello es por no dalle pesar con nuestra partida; y que Nuestro Señor Jesucristo e Nuestra Señora Santa María nos darán fuerzas y más que no a ellos, pues que son malos e vienen de aquella manera; que no tuviese pesar por nuestra ida, que presto volveríamos con vitoria, e lo que agora le pide por merced es que mire queda con él su hermano Tonatio, que así llamaban a Pedro de Alvarado, que no haya algún alboroto, ni consienta a sus capitanes e papas hagan cosa que después que volvamos tengan los revoltosos que pagar con las vidas. Y luego, sin llevar indias ni sucio, sino a la ligera, tiramos por nuestras jornadas por Cholula.

Capítulo CXV

Cómo acordó Cortés con todos nuestros soldados que tornásemos a enviar al real de Narváez al fraile de la Merced, y que se hiciese muy servidor del Narváez e que se mostrase favorable a su parte más que no a la de Cortés

Acordamos que se escribiese otra carta al Narváez. que decía en ella así o otras palabras formales como éstas: Después de puesto su acato con gran cortesía, que nos habíamos holgado de su venida, e creíamos que con su generosa persona haríamos gran servicio a Dios Nuestro Señor e a Su Majestad, e que no nos ha querido responder cosa ninguna, antes nos llama de traidores, siendo muy leales servidores del rey, e que le envió Cortés a pedir por merced que escogiese la provincia que quisiese quedar con la gente que tiene o fuese adelante, e que nosotros iríamos a otras tierras y haríamos lo que buenos servidores de Su Majestad somos obligados, e que si trae provisiones de Su Majestad que envíe los originales para ver y entender si vienen con la real firma, e que no ha querido hacer lo uno ni lo otro, sino tratamos mal de palabra e revolver la tierra; que para aquel efecto nos hemos venido a aquel pueblo de Panguenequita, por estar más cerca de su real; e que si no trae las provisiones, que se vuelva e no alborote más la tierra, que si otra cosa hace, que iremos contra él a le prender y enviallo preso a nuestro rey e señor.

Capítulo CXVI

Cómo el fraile de la Merced fue a Cempoal, donde estaba el Narváez e todos sus capitanes, e lo que pasó con ellos, e les dio la carta

Como el fraile de la Merced llegó con la carta al real de Narváez, convocó a ciertos caballeros de los de Narváez y repartió todo el oro que Cortés le mandó. E andando en estos pasos tuvieron gran

sospecha de nuestro fraile, e aconsejaban al Narváez que luego le prendiese, y como lo supo Andrés de Duero, que era secretario del Diego Velásquez, fue al Narváez y le dijo que no es bien prendelle, pues que se ha visto cuánta honra e dádivas da Cortés a todos los suyos del Narváez que allá van, que sería poquedad prender a un religioso. Narváez envió a llamar al fraile, y el fraile, que era muy sagaz, le suplicó que se apartasen en secreto, y le dijo: “Bien entendido tengo que vuestra merced me quería mandar prender; pero no tiene mayor servidor en su real que yo, e tenga por cierto que muchos caballeros de los de Cortés le querrían ya ver en manos de vuestra merced, e le han hecho escribir una carta de desvaríos, para que la diese a vuestra merced, que no la he querido mostrar hasta agora, que en un río la quise echar por las necedades que en ella trae; porque Cortés anda desvariando, y sé cierto que si vuestra merced le habla con amor, que luego se le dará él e todos los que consigo trae”.

Capítulo CXVJJ

Cómo en nuestro real hecimos alarde de los soldados que éramos, e cómo trajeron docientas e cincuenta picas muy largas que Cortés había mandado hacer en unos pueblos que se dicen los chinantecas, e nos imponíamos cómo habíamos de jugar dellas para derrocar la gente de a caballo que tenia Narváez, y otras cosas que en el real pasaron

Ansí como Cortés tuvo noticia de la armada que traía Narváez, luego despachó un soldado que había estado en Italia, a una provincia que se dice los Chinantecas, muy enemigos de los mejicanos, e que usaban por armas muy grandes lanzas, mayores que las nuestras de Castilla, con dos brazas de pedernal e navajas, y envióles a rogar que le trujesen a doquiera que estoviese trecientas dellas. E también mandó a nuestro soldado Tobilla, que les demandase dos mill hombres de guerra. Pues venido nuestro sol-

dado con las lanzas, e allí se daba orden y nos imponía el soldado e amostraba a jugar con ellas. E ya teníamos hecho nuestro alarde y copia y memoria de todos los soldados, e hallamos docientos e sesenta e seis, sin el fraile, e con cinco de a caballo, e dos tirillos e pocos ballesteros.

Capítulo CXV999

Cómo vino Andrés de Duero a nuestro real y el soldado Usagre y dos indios de Cuba, naborías del Duero, y quién era el Duero y a lo que venia, y lo que tuvimos por cierto, y lo que se concertó

Cuando estábamos en Santiago de Cuba, se concertó Cortés con Andrés de Duero y con un contador del rey, que se decía Amador de Lares, que eran grandes amigos del Diego Velázquez, que le hiciese a Cortés capitán general para venir en aquella armada, y que partiría con ellos todo el oro y plata y joyas que le cupiese de su parte de Cortés. Y como el Andrés de Duero vio en aquel instante a Cortés, su compañero, tan rico y poderoso, y so color que venía a poner paces y a favorecer a Narváez, en lo que entendió era demandar la parte de la compañía, porque ya el otro su compañero, Amador de Lares, era fallecido. Y como Cortés era sagaz y mañoso, no solamente le prometió de dalle gran tesoro, sino que también le daría mando en toda la armada, y que después de conquistada la Nueva España le daría otros tantos pueblos como a él, con tal que fuese en desviar al Narváez para que no saliese con la vida e con honra y le desbaratase. Y según paresció, el Diego se lo prometió.

Capítulo CXIX

Cómo llegó Juan Velázquez de León e un mozo despuelas de Cortés, que se decía Joan del Río, al real de Narváez, y lo que en él pasó

Cortés envió a un nuestro capitán Juan Velázquez de León y al mozo despuelas para que le acompañase a Cempoal y a ver lo que Narváez le quería. Cuando Juan Velázquez y el Narváez se encontraron, se hicieron muy grandes acatos. Y Joan Velázquez dijo que no venía sino a besalle las manos, y para ver si podía dar concierto que su merced y Cortés tuviesen paz y amistad. Entonces dizque el Narváez, muy airado, dijo: “¿Tener amistad y paz con un traidor?”. Y el Juan Velázquez respondió que Cortés no era traidor, sino buen servidor de Su Majestad. Y entonces el Narváez le comenzó a convocar con grandes prometimientos que se quedase con él. Y el Joan Velázquez respondió que mayor traición haría el dejar al capitan que tiene jurado en la guerra y desmamparalle. Pareció ser que en aquel instante ciertos capitanes de Narváez, que se decían Gamara y un Juan Fuste y un Juan Bono de Quexo, y Salvatierra, aconsejaron a Narváez que prendiese al Joan Velázquez. E ya que había mandado el Narváez que le echasen preso, súpolo Agustín Bermúdez y el Andrés de Duero y nuestro fraile de la Merced, y dicen al Narváez que se maravillan de su merced querer mandar prender al Juan Velázquez de León. Por manera quel Narváez le dijo a Velázquez de León que fuese tercero en que Cortés se le diese con todos nosotros. Y él respondió, por le amansar, que haría lo que pudiese.

Capítulo CXX

*De lo que se hizo en el real de Narváez después
que de allí salieron nuestros embajadores*

Como vinieron el Joan Velázquez y el fraile y el Joan del Río, dijeron al Narváez sus capitanes que en su real sentían que Cortés había enviado muchas joyas de oro y que tenía de su parte amigos en el mismo real, y que sería bien estar muy apercibido y avisase a todos sus soldados questuviesen con sus armas y caballos prestos. Y como supo que ya llegábamos cerca de Cempoal, el cacique gordo le dijo a Narváez: “¿Qué hacéis questáis muy descuidado? ¿Pensáis que Malinche y los teules que trae consigo son como vosotros? Pues yo digo que cuando no os catáredes será aquí y os matará”. Y aunque hacían burla de aquellas palabras, no dejaron de se apercibir. Y como llovió mucho aquel día, estaban ya los de Narváez hartos destar aguardándonos al agua, y le aconsejaron que se volviesen a los aposentos, y le decían: “¿Pues como, señor, por tal tiene a Cortés que se ha de atrever que con tres gatos que tiene ha de venir a este real por el dicho deste indio gordo?”. Por manera que se volvió Narváez a su real, y prometió que quien matase a Cortés o a Gonzalo de Sandoval que le daría dos mil pesos.

Capítulo CXXI

*Del concierto y orden que se dio en nuestro real para
ir contra Narváez, y del razonamiento que
Cortés nos hizo, y lo que le respondimos*

Nuestro capitán Cortés nos envió a llamar, así capitanes como a todos los soldados, y nos dijo: “Bien saben vuestras mercedes que Diego Velázquez me eligió por capitán general; ya saben lo que

pasamos sobre que me quería volver a la isla de Cuba, conforme a sus instrucciones, pues vuestras mercedes me mandaron y requirieron que poblásemos esta tierra en nombre de Su Majestad, como me hicistes vuestro capitán general y justicia mayor della hasta que Su Majestad otra cosa sea servido mandar, y ya saben lo que prometimos en nuestras cartas a Su Majestad, e que aquesta tierra, ques cuatro veces mayor que Castilla, y de grandes pueblos, y muy rica de oro y minas, que no la diese en gobernación ni de otra cualquier manera a persona ninguna. Pues vean los trabajos, hambres e sed y heridas y muertes de muchos soldados que en descubrir aquestas tierras pasastes. Digamos agora cómo viene Pánfilo de Narváez contra nosotros con mucha rabia y deseo de nos tener a las manos, y nos llama de traidores y malos, y demás desto tuvo atrevimiento de prender a un oidor de Su Majestad. Ya habrán oído cómo han pregonado en su real guerra contra nosotros, como si fuéramos moros". Entonces todos a una le respondimos que tuviese por cierto que, mediante Dios, habíamos de vencer o morir sobre ello. Y allí hizo muchas ofertas y prometimientos que seríamos todos muy ricos y valerosos. Cortés mandó que marchásemos camino de Cempoal; y llegamos al rio donde estaban las espías del Narváez, y estaban tan descuidados, que tuvimos tiempo de prender a uno de ellos, nombrado Carrasco, y el otro fue dando voces al real de Narváez diciendo: "¡Al arma, al arma, que viene Cortés!". Y el Narváez llamando a sus capitanes y nosotros calando nuestras picas y cerrando con el artillería, todo fue uno. Tomamos la artillería, y no había quien nos la defendiese. Y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes, y oímos voces del Narváez que decía: "¡Santa María, váleme, que muerto me han e quebrado un ojo!". Y desque aquello oímos luego dimos voces: "¡Vitoría vitoria por los del nombre del Espíritu Santo, que muerto es Narváez! ¡Vitoria, vitoria por Cortés, que muerto es Narváez!".

Capítulo CXXII

Cómo después de desbaratado Narváez según y de la manera que he dicho, y de otras cosas que pasaron

Ya he dicho, en el Capítulo que dello habla, que Cortés envió a decir a los pueblos de Chinanta, donde trujeron las lanzas e picas, que viniesen dos mill indios dellos con sus lanzas, que son muy más largas que no las nuestras, para nos ayudar, e vinieron aquel mismo día, ya algo tarde, después de preso Narváez, y venían por capitanes los caciques de los mismos pueblos; y entraron en Cempoal con gran ordenanza, de dos en dos, y como traían las lanzas muy grandes, de buen grosor, y con sus banderas tendidas y con muchos plumajes y atambores y trompetillas, y dando gritos y silbos decían: “¡Viva el rey! ¡Viva el rey nuestro señor, y Hernando Cortés en su real nombre!”. Y entraron muy bravosos, y serían mill y quinientos, que parecía que eran tres mill. Y cuando los de Narváez los vieron se admiraron e diz que dijeron unos a otros que si aquella gente les tomara en medio o entraran con nosotros, qué tal que les parara. Y Cortés les agradesció su venida.

Capítulo CXXIII

Cómo Cortés envió al puerto al capitán Francisco de Lugo, y en su compañía dos soldados que habían sido maestros de navíos, para que luego trujesen allí a Cempoal todos los maestros y pilotos de los navíos y flota de Narváez

Pues acabado de desbaratar al Pánfilo de Narváez e presos él y sus capitanes e a todos los demás tomadas las armas, mandó Cortés al capitán Francisco de Lugo que fuese al puerto adonde estaba la flota de Narváez, que eran diez y ocho navíos, y que mandase venir allí a Cempoal a todos los pilotos y maestros de los navíos,

y que les sacasen velas y timones e agujas por que no fuesen a dar mandado a Cuba a Diego Velázquez, e que si no le quisiesen obedescer, que les echase presos. Y los maestros y pilotos luego vinieron a besar las manos al capitán Cortés, a los cuales tomó juramento que no saldrían de su mandado e que le obedescerían en todo lo que les mandase. En el instante ya que queríamos partir, vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Montezuma ante Cortés, a quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando muchas lágrimas de sus ojos, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dio en sus principales y caciques questaban bailando y haciendo fiesta a sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dio el Pedro de Alvarado, e que mató e hirió muchos dellos, y que por se defender le mataron seis de sus soldados; por manera que daban muchas quejas del Pedro de Alvarado. Y Cortés les respondió quél iría a Méjico y pornía remedio en todo. Y luego despachó Cortés cartas para Pedro de Alvarado, para decir que mirase quel Montezuma no se soltase, e que íbamos a grandes jornadas.

Capítulo CXXXIV

Cómo fuimos a grandes jornadas ansi Cortés como todos sus capitanes y todos los de Narváez, eceto Pánfilo de Narváez y el Salvatierra, que quedaban presos

Cortés habló a los de Narváez, que sintió que no irían con nosotros de buena voluntad a hacer aquel socorro, y les rogó que dejasen atrás enemistades pasadas por lo de Narváez, ofresciéndoseles de hacerlos ricos y dalles cargos. Y tantas palabras les dijo, que todos a una se le ofrescieron que irían con nosotros. Y Cortés halló sobre mil y treientos soldados, y sobre noventa y seis caballos, y ochenta ballesteros, y en Tascala nos dieron los caciques dos mill indios de guerra. Y llegamos a Méjico día de señor San Joan de junio de

mill e quinientos y veinte años, y el gran Montezuma salió al patio para abrazar a Cortés y dalle el buen venido. Y Cortés, como venía vitorioso, no le quiso oír, y el Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo. Cortés procuró saber qué fue la causa de se levantar Méjico, y lo que contaba el Pedro de Alvarado era que habían llegado muchos indios a quitar la santa imagen del altar donde la pusimos, y que no pudieron, e que los indios lo tuvieron a gran milagro y que se lo dijeron al Montezuma, e que les mandó que la dejasen en el mismo lugar. Y le tornó a decir Cortés que a qué causa les fue a dar guerra estando bailando y haciendo sus fiestas. Y respondió que sabía muy ciertamente que en acabando las fiestas y bailes y sacrificios, le habían de venir a dar guerra. E Cortés le dijo: "Pues hanme dicho que le demandaron licencia para hacer el areito y bailes". Dijo que ansí era verdad, que fue por tomarles descuidados; e que por que temiesen y no viniesen a dalle guerra, que por esto se adelantó a dar en ellos. Y desdeque aquello Cortés le oyó, le dijo muy enojado que era muy mal hecho e gran desatino, e que plugiera a Dios quel Montezuma se hobiera soltado e que tal cosa no la oyera. Luego supimos que verdaderamente dio en ellos por metelles temor; y también supimos de mucha verdad que tal guerra nunca el Montezuma mandó dar, e que cuando combatían al Pedro de Alvarado, que el Montezuma les mandaba a los suyos que no lo hiciesen, e que le respondían los suyos que ya no era de sufrir tenelle preso y estando bailando illes a matar como fueron, y que le habían de sacar de allí y matar a todos los teules que le defendían.

Capítulo CXXV

*Cómo nos dieron guerra en Méjico, y los combates
que nos daban, y otras cosas que pasamos*

Como Cortés vio que en Tezcuco no nos habían hecho ningún recibimiento, y venido a Méjico lo mismo, e oyó al Pedro de Alvarado de la manera con que les fue a dar guerra; y paresce ser había dicho

Cortés en el camino a los capitanes de Narváez, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenía, e que por los caminos le saldrían a rescibir y hacer fiestas, e le darían oro, y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, estaba muy airado y soberbio. Y en este instante envió el gran Montezuma dos de sus principales a rogar a nuestro Cortés que le fuese a ver, y les dijo: “Vaya para perro, que ni de comer no nos manda dar”. Y entonces Joan Velázquez de León y Cristóbal de Olí e Alonso de Avila y Francisco de Lugo, dijeron: “Señor, temple su ira, y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey, ques tan bueno que si por él no fuese ya fuéramos muertos y nos habrían comido, e mire que hasta las hijas le ha dado”. Cortés dijo: “¿Qué cumplimiento he yo de tener con un perro que se hacía con Narváez secretamente, e agora veis que aun de comer no nos dan?”. Y habló a los principales que dijese a su señor Montezuma que luego mande hacer tianguis, y los principales bien entendieron las palabras injuriosas que Cortés dijo de su señor, y aun también la reprehensión que nuestros capitanes; y de enojo, o porque ya estaba concertado que nos diesse guerra, no tardó un cuarto de hora que vino un soldado a gran priesa, y dijo questaba toda la ciudad llena de gente de guerra. Cortés mandó a Diego de Ordaz que fuese con cuatrocientos soldados, e que si viese que sin guerra e ruido se pudiese apaciguar, lo pacificase. Aun no hobo bien llegado a media calle, cuando le salen tantos escuadrones mejicanos de guerra, y le dieron tan grandes combates, que le mataron a ocho soldados; y en aquel instante muchos escuadrones vinieron a nuestros aposentos, y nos hirieron sobre cuarenta y seis de los nuestros, y doce murieron de las heridas. Y estaban tantos guerreros sobre nosotros, y no perdían punto de su buen pelear, ni les podíamos apartar de nosotros. Y duraron estos combates todo el día. Pues desde que amaneció acordó nuestro capitán que con todos los nuestros y los de Narváez saliésemos a pelear con ellos. Aquel día mataron otros diez o doce soldados, y todos volvimos bien heridos. Fuimos hasta el gran cu de sus ídolos, y luego de repente suben en él más de cuatro mil mejicanos, y se ponen en defensa y nos resistieron la subida un buen rato; y luego les subimos arriba, y pusimos fuego a sus ídolos.

Y al otro día desque amanesció vienen muchos más escuadrones de guerreros, y nos cercan por todas partes. E viendo todo esto acordó Cortés que el gran Montezuma les hablase desde una azotea, y les dijese que cesasen las guerras, e que nos queríamos ir de su ciudad. Y cuando al gran Montezuma se lo fueron a decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: “¿Qué quiere ya de mí Malinche, que yo no deseo vivir ni oille, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído?”. Y no quiso venir, que ya no le quería ver ni oír a él ni a sus falsas palabras ni promesas e mentiras. E fue el padre de la Merced e Cristóbal de Olí, y le hablaron con mucho acato. Y Montezuma se puso a un petril de una azotea con muchos de nuestros soldados que le guardaban, y les comenzó a hablar con palabras muy amorosas que dejasen la guerra e que nos iríamos de Méjico, y muchos principales y capitanes mejicanos bien le conocieron, y luego mandaron que callasen sus gentes y no tirasen varas ni piedras ni flechas; y cuatro dellos se llegaron en parte que el Montezuma les podía hablar, y ellos a él, y llorando le dijeron: “¡Oh, señor y nuestro gran señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño y de vuestros hijos y parientes! Hacémos os saber que ya hemos levantado a un vuestro pariente por señor”. E allí le nombró cómo se llamaba, que se decía Coadlavaca, señor de iztapalapa. Y más dijeron que la guerra que la habían de acabar, e que tenían prometido a sus ídolos de no la dejar hasta que todos nosotros muriésemos, y que rogaban cada día a su Huichilobos y a Tezcatepuca que le guardase libre y sano de nuestro poder; e como saliese como deseaban, que no le dejarían de tener muy mejor que de antes por señor, y que les perdonase. Y no hobieron acabado, cuando tiran tanta piedra y vara, que le dieron tres pedradas, una en la cabeza y otra en un brazo y otra en una pierna; y puesto que le rogaban se curase y comiese y le decían sobrello buenas palabras, no quiso, antes cuando no nos catamos vinieron a decir que era muerto. E Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, y hombre hobo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, de que fue tan llorado como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar dello viendo qué tan bueno era. Y decían que había diez y siete años que reinaba, e que fue el mejor rey que en Méjico había habido.

Capítulo CXXV

*Desque fue muerto el gran Montezuma acordó
Cortés de hacello saber a sus capitanes y principales
que nos daban guerra, y lo que más sobrello pasó*

Pues como vimos a Montezuma que se había muerto, ya he dicho la tristeza que en todos nosotros hobo por ello, y aun al fraile de la Merced se lo tuvimos a mal no le atraer a que se volviese cristiano. En fin de más razones mandó Cortés a un papa e a un principal de los questaban presos, que soltamos para que fuese a decir al cacique que alzaron por señor, Coadlavaca, y a sus capitanes cómo el gran Montezuma era muerto, y de la manera que murió y heridas que le dieron los suyos, y que le enterrasen como a gran rey que era, y que alzasen a su primo del Montezuma, que con nosotros estaba, por rey, e que tratasen paces para salirnos de. Y por que lo vieses cómo era muerto al Montezuma, mandó a seis mejicanos muy principales que los sacasen a cuestras y lo entregasen a los capitanes mejicanos. Y desde así le vieron muerto, oímos las gritas y aullidos que por él daban; y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban y era sobre nosotros de vara y piedra y flecha, y nos decían: “Agora pagaréis muy de verdad la muerte del nuestro rey y señor y el deshonor de nuestros ídolos; y las paces que nos envíais a pedir salí acá y concertaremos cómo y de qué manera han de ser”. Y Cortés y todos nosotros acordamos que para otro día diésemos por otra parte adonde había muchas casas en tierra firme, y que hiciésemos todo el mal que pudiésemos, y se quemaron veinte casas, pero todo fue no nada para el gran daño y muertes y heridas que nos dieron.